

Reflexiones interreligiosas en gratitud a los 10 años del pontificado de Francisco

«El diálogo interreligioso es crucial para construir la paz»



MARZO 2023



Conferencia Episcopal Argentina

ÍNDICE

. Hacia una nueva conversión. Por Lía Zervino.....	2
. La opción de Francisco no es por los pobres Por Emilce Cuda.....	4
. Diez años de diálogo, concordia y paz entre judíos, cristianos y musulmanes. Por Ricardo Elía.....	6
. Una mirada ecuménica a diez años de Francisco. Por Marcelo Figueroa.....	8
. Diez años de Francisco. Por el Pastor Christian Hooft.....	10
. Un Papa para mejorar el mundo. Por el Gran Rabino Isaac Sacca.....	12
. El Papa Francisco y los judíos. Por Santiago Kovadloff.....	14
. Es justo y necesario darte gracias Señor. Por el Obispo Pedro Torres.....	15
. Décimo aniversario Papa Francisco. Por el Obispo Eduardo García.....	18
. Francisco, décimo aniversario. Por el Obispo Roberto Álvarez.....	23

HACIA UNA NUEVA CONVERSIÓN

Por María Lía Zervino, *Servidora*.

Quisiera agradecer al Papa Francisco quien, siguiendo a sus antecesores, nos conduce a una profundización de la aplicación del Concilio Vaticano II. Sólo creo poder mostrar algunas líneas de su pensamiento recordando gestos, palabras y hechos, desde el inicio de su pontificado y continuadas a lo largo del mismo. Son “pinceladas” en la obra maestra que está realizando el Espíritu Santo y que nos exhortan a una nueva conversión pastoral, personal y comunitaria.

Se inclinó para recibir la bendición del Pueblo de Dios, en su primera aparición como Papa. Un gesto de profunda humildad que marcó a fuego nuestra toma de conciencia de la responsabilidad laical que nace del Bautismo y de la Confirmación. Ya no habría lugar en su pontificado para el clericalismo. La vocación y la misión propia de los fieles laicos es la transformación de las distintas realidades terrenas para que toda actividad humana sea transformada por el Evangelio, explicó en *Evangelii Gaudium* 201.

Una imagen histórica: por primera vez, un Papa inauguró un Jubileo fuera del Vaticano. Ocurrió en Bangui, capital de la República Centroafricana, designándola como “capital espiritual del mundo”. Allí, en un país sufriendo por las consecuencias de la guerra y la pobreza, selló su magisterio sobre la misericordia que “no puede ser un paréntesis en la vida de la Iglesia, sino que constituye su misma existencia, que manifiesta y hace tangible la verdad profunda del Evangelio. Todo se revela en la misericordia; todo se resuelve en el amor misericordioso del Padre” (*Misericordia et misera* 1). Nos animó, una y otra vez, a que el rostro de la Iglesia sea el de la misericordia.

En el primer jueves santo de su pontificado lavó los pies a jóvenes presos, incluyendo a dos muchachas, una de ellas musulmana. Este hecho fue uno de los tantos con que confirmó su pensamiento sobre las mujeres. Por un lado, en *Fratelli tutti* 23, denunció que aún se “está lejos de reflejar con claridad que las mujeres tienen exactamente la misma dignidad e idénticos derechos que los varones. Se afirma algo con las palabras, pero las decisiones y la realidad gritan otro mensaje. Es un hecho que «doblemente pobres son las mujeres que sufren situaciones de exclusión, maltrato y violencia, porque frecuentemente se encuentran con menores posibilidades de defender sus derechos» (EG 212)”.

Francisco, 10 años

Por otro, subrayó sus fortalezas, en su rol materno dentro de la familia (*Amoris laetitia* 173) y describió como sueño eclesial “que las mujeres tengan una incidencia real y efectiva en la organización, en las decisiones más importantes y en la guía de las comunidades, pero sin dejar de hacerlo con el estilo propio de su impronta femenina.” (*Querida Amazonia* 103).

Su primera salida del Vaticano fue a Lampedusa. Una clave en las enseñanzas del Papa consiste en salir a las periferias, como lugar del encuentro con Jesús. “Es una cuestión hermenéutica: la realidad sólo se comprende si la miramos desde la periferia, y no si nuestra mirada se sitúa en un centro equidistante de todo. Para comprender verdaderamente la realidad, debemos alejarnos de la ubicación central de calma y tranquilidad y dirigirnos hacia el área periférica.” (Coloquio con Superiores Generales, 29 de noviembre 2013). Francisco está convencido que es el único modo de cambiar la historia.

La sonrisa en su expresión cuando empezó a relacionarse con las personas como Obispo de Roma, sorprendió a muchos de los que lo habíamos conocido como Obispo de Buenos Aires. La “alegría” es central en su pensamiento: *Evangelii gaudium, Amoris laetitia, Gaudete et exsultate*. “La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. (...) Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría. (*Evangelii gaudium*, 1). Y la Iglesia necesita no dejarse robar la alegría de la misión.

Con la elección de su nombre, Francisco, evidenció su pensamiento. Firmó *Fratelli tutti*, sobre la tumba de San Francisco, indicándonos que el diálogo es la vía señera de la fraternidad universal. La encíclica fue precedida por la histórica firma de *Fraternidad Humana*, junto al Gran Imán Ahmad Al-Tayyeb. Tomó del Santo de Asís sus palabras para regalarnos el inmenso don de *Laudato si*, en la que nos enseñó, a la Iglesia y al mundo, que el grito de los más pobres y el grito del planeta constituyen una misma crisis, a la que estamos todos llamados a responder para cuidar de nuestra Casa Común.

“El camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera para la Iglesia en este nuevo milenio” fue la célebre expresión que pronunció, en el 50 aniversario de la constitución del Sínodo de los Obispos, en 2015. Desde entonces desarrolló un hilo conductor que nos introdujo al actual proceso sinodal. Esperamos, con la gracia del Espíritu Santo, realizar el sueño del Papa de una Iglesia a la escucha, una Iglesia pobre para los pobres, que no es otra que la Iglesia de la comunión, participación y misión.

LA OPCIÓN DE FRANCISCO NO ES POR LOS POBRES

Por Emilce Cuda

La opción por los pobres no es una opción política, ni económica. Tampoco es una opción filosófica, ni humanística. No es una opción de la Teología de la Liberación, ni de la Teología del Pueblo. Los cristianos no optan por los pobres porque son buenos, porque no tienen nada, porque sufren mucho o porque son mayoría. Optan preferencialmente por los pobres porque así lo hizo Jesús de Nazaret, el Cristo. Se trata de una opción por el Evangelio. Lo contrario es demagogia cristiana como camino a la cristiandad.

Los católicos optamos “con” los pobres por vocación, porque hemos sido llamados por una persona real a construir un Reino para todas y todos, incluso “con” y para los pobres. Nos comprometimos con esa misión. La opción “con” los pobres es una respuesta evangélica que da origen a un magisterio social, propio del catolicismo. La opción “con” los pobres no responde a ninguna ética filosófica, sino a la ética teológica. Esta última no parte de buenas razones sino de una experiencia de vida real y concreta que asume como modelo: la vida de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, que nació pobre, en la periferia, vivió con los pobres y habló a los pobres en el lenguaje de los pobres.

Optar “con” los pobres es el “estilo de vida con sabor a evangelio” del que nos habla Francisco hace diez años desde la silla de San Pedro. Optar “con” los pobres no significa asistencialismo público ni privado; tampoco colonialismo, patriarcalismo e iluminismo. Significa participación.

En el X Aniversario del Pontificado de Francisco, los pobres están al centro de su magisterio social por dignidad humana, no por pobres. Por eso Francisco aporta a la opción por los pobres un componente no menor. No agrega un nombre, un adjetivo ni un adverbio. Agrega una preposición: “con”. Eso significa que atender el problema de la pobreza no es cuestión de esencialismos porque el catolicismo no es metafísica. La opción católica no es “por” los pobres sino “con” los pobres. En el modo está la clave hermenéutica del evangelio.

La ética teológica católica no discierne sobre qué es verdadero y qué es falso porque, a diferencia de la filosofía, parte de la verdad revelada que es una palabra encarnada, una persona. Es la Palabra que nos dice que, de ellos, los pobres, es el Reino de los Cielos, y que si queremos salvarnos debemos unirnos. La ética teológica católica discierne sobre lo bueno y lo malo, no sobre la verdad,

teniendo como modelo ejemplar la vida de Jesús de Nazaret, el Cristo, la verdad revelada. Por eso para Francisco, pastor y teólogo, optar “con” los pobres es una posición evangélica, no política. Se trata de discernir “con” ellos entre lo bueno y lo malo para cuidar el mundo, que es el planeta, y también las personas que lo habitan.

Si tuviese que elegir, dentro del magisterio de Francisco, cuál es el mensaje para el pueblo argentino como Pueblo de Dios, diría que está contenido en esa preposición: “con”. Decidir “con” los pobres es el modo evangélico de decir “participación”. Por ahí pasa la mejor política. No solo en el magisterio de Francisco, sino también en todo el pensamiento teológico y social de la Iglesia. La humanidad participa de lo divino por la gracia de la encarnación de la segunda persona de la trinidad. Algunos, con relación a la inclusión de los descartados prefieren usar el vocablo democracia, sin embargo, este no es un vocablo evangélico si no va asociado al significado universal de la participación. La mera representación no implica que se tomen decisiones “con” los representados. Los invito a ver cuántas veces el Papa argentino usa en los documentos más consultados de su magisterio social la palabra democracia y cuántas la palabra participar. Democracia: EG 0; LS 0; FT 4; QA 0. Participar: EG 20; LS 7; FT 13; QA 6.

Considero que el Papa Francisco ha dado muchas claves para lograr la unidad en la diferencia entre los argentinos, pero todas ellas cobran sentido si se presta especial atención a ese “con” que alude a la participación en sentido evangélico. Optar “con” los pobres no significa querer ser pobre ni que todos sean pobres. Por el contrario, es darle un lugar en la mesa de las decisiones sobre lo común también a los pobres, no por pobres sino por ser hijos de Dios.

Participación no significa simplemente “escucha”; significa “decisión”. Optar “con” los pobres es reconocer la dignidad en cada ser humano, y esa dignidad se hace presente, no solo cuando habla y se expresa, sino también y sobre todo cuando decide sobre lo común.

En diez años de pontificado, el Papa Francisco, al margen de los problemas coyunturales de su país de origen, ha confirmado con hechos concretos su opción “con” los pobres. Si ampliamos la categoría de pobre desde lo económico a lo social, optar “con” los pobres debe leerse también como optar “con” la mujer, “con” el migrante, “con” el preso, “con” el traidor, “con” los márgenes, “con” los últimos de la lista, porque ellos serán los primeros, nos dice el Evangelio.

Esa posición soberana de Francisco, quien no se deja marcar agenda ni por derecha ni por izquierdas, hace que se lo reconozca como líder mundial por la paz. Así como sus guerreras son todas las guerras, su pueblo es todo el pueblo y todos los pueblos. Francisco es pontífice; no es político ni economista. No tiene parte entre las partes. Su función es ser puente, no tomar posición en alguna de las partes. Como puente-pontífice, puede comunicar las diferencias sin anular las identidades. Es una unidad que comunica, no es la unidad del totalitarismo. Francisco se ofrece, desde hace una década, como puente firme sobre el que pueda transitar la pesada carga de las diferencias. Es el Papa nuestro, y está ahí, para ayudarnos a construir la unidad.

EL PONTIFICADO DE FRANCISCO: DIEZ AÑOS DE DIÁLOGO, CONCORDIA Y PAZ ENTRE JUDÍOS, CRISTIANOS Y MUSULMANES

Por Ricardo Elía.

El Cardenal Primado de Argentina y Arzobispo de Buenos Aires, Monseñor Jorge Mario Bergoglio (nacido en el porteño barrio de Flores en 1936), fue elegido Pontífice de la Iglesia Católica el miércoles 13 de marzo de 2013. Eligió el nombre de Francisco I por Francisco de Asís, fundador de la orden franciscana, el hombre de la pobreza, el hombre de la paz, el hombre que amó y custodió la creación, y que protagonizó el primer gran encuentro islamo-cristiano cuando se reunió en Egipto con el sultán ayubí Malik al-Kamil en septiembre de 1219 para buscar la paz y la concordia entre cristianos y musulmanes.

El 28 marzo de 2013, dos semanas después de haber asumido su pontificado, el Papa Francisco I brindó un ejemplo para toda la humanidad de cómo un creyente debe ser humilde con el prójimo y estar a su servicio. Ese Jueves Santo, Francisco le lavó los pies a una docena de jóvenes en el centro penitenciario para menores Casal del Marno en Roma, entre ellos, a dos mujeres, una católica italiana y una musulmana serbia. El pontífice de 76 años explicó que el lavado de pies “reproduce un símbolo que es una caricia de Jesús” y subrayó que él había ido a esa prisión a hacer ese gesto “de todo corazón”. También precisó que lo había hecho “como sacerdote y como obispo”, sin mencionar la palabra papa. Esta tradicional ceremonia se realizaba por lo general en la Archibasílica San Juan de Letrán en Roma y los escogidos eran sacerdotes. En las imágenes difundidas por la CTV, la televisión del Vaticano, se ve al papa arrodillarse, echar agua a los pies de los jóvenes, secarlos y abrazarlos. Dice el Corán: «Y

entre la Gente del Libro hay quien cree en Dios y en lo que se les hizo descender a ellos; y son humildes ante Dios en reverencia.» (*Al Imrân*, “La Familia de Imran”, 3:199)

El lunes 26 de mayo, durante su viaje a Tierra Santa, el Papa Francisco se fundió en un abrazo fraterno con el rabino Abraham Skorka y el profesor Omar Abboud (miembro del Centro Islámico) en Jerusalén, que fue un ejemplo mundial para la paz y el entendimiento entre religiones.

El lunes 4 de febrero de 2019, se produjo el encuentro entre el Sheij Ahmed el Tayyeb, Gran Imam de la Universidad de Al-Azhar en El Cairo (República Árabe de Egipto), y el Papa Francisco I, en Abu Dabi, en los Emiratos Árabes Unidos. Ese viaje histórico significó la primera visita de un pontífice católico a la península arábiga. Ese día, los representantes del Islam y la Catolicidad firmaron el documento sobre «La fraternidad humana por la paz mundial y la convivencia común». En el prefacio se lee: “La fe lleva al creyente a ver en el otro a un hermano que debe sostener y amar. Por la fe en Dios, que ha creado el universo, las criaturas y todos los seres humanos —iguales por su misericordia—, el creyente está llamado a expresar esta fraternidad humana, protegiendo la creación y todo el universo y ayudando a todas las personas, especialmente las más necesitadas y pobres.” Y luego dice: “El Occidente podría encontrar en la civilización del Oriente los remedios para algunas de sus enfermedades espirituales y religiosas causadas por la dominación del materialismo. Y el Oriente podría encontrar en la civilización del Occidente tantos elementos que pueden ayudarlo a salvarse de la debilidad, la división, el conflicto y el declive científico, técnico y cultural.”

Queremos recordar muy especialmente en este artículo, el miércoles 29 de marzo de 2000, cuando el entonces Cardenal Primado de Argentina y Arzobispo de Buenos Aires, Monseñor Jorge Mario Bergoglio, convocó a educar para la paz y la esperanza, en un acto interreligioso y ecuménico, junto a autoridades civiles de la Nación, de la Ciudad de Buenos Aires y miles de alumnos, padres y maestros representantes de las comunidades educativas de Buenos Aires. Momentos antes de tomar la pala con sus propias manos para plantar un olivo, el Cardenal Bergoglio dijo: “No queremos una paz de estanque, una paz que no se mueva. En última instancia acuérdense de que el agua estancada es la primera que se corrompe. Esa no es la paz de nuestro Dios cercano. La paz de nuestro Dios cercano es la paz del manantial que sigue fluyendo, y que sigue creando cosas y dando vida con su misma agua y dando vida con su misma paz. Sigue creando esperanza. Nuestra paz es fundamento, es origen, es manantial, de una esperanza que nos va a trascender incluso a

nosotros mismos, pero que ya hoy la tenemos que sembrar.” A la convocatoria asistieron entre otros, el entonces seminarista judío Marcelo Polacoff (hoy rabino), y el Imam del Centro Islámico de la República Argentina, Sheij Ibrahim Desuque Al-Alfi. Entre la gente estaba el judío polaco Jack Fuchs (1924-2017), sobreviviente del campo de exterminio de Auschwitz, radicado en Buenos Aires en 1963. El Papa Francisco en su Vigilia de Oración por la Paz del sábado 7 de septiembre de 2013, recordó: “Pienso también hoy en aquel olivo que los representantes de las diferentes religiones plantamos en Buenos Aires, en la Plaza de Mayo, el año 2000, pidiendo que no haya más caos, pidiendo que no haya más guerra, pidiendo paz.”.

UNA MIRADA ECUMÉNICA EN DIEZ AÑOS DE FRANCISCO

Por Marcelo Figueroa.

Sin dudas, el ecumenismo es una de las columnas basales o avenidas de confluencia más significativas del pontificado de Francisco. Utilizo el término ecumenismo en un sentido amplio (gr. *Oikouménē*, tierra habitada), para incluir lo que conocemos como diálogo interconfesional e interreligioso. Sin embargo, en el caso del papa Bergoglio, debemos ampliar el concepto aún más. Para reflexionar alrededor de su enfoque y aporte ecuménico resulta imprescindible incorporar miradas hacia y desde la interculturalidad de razas y cosmovisiones, interconectividad del cosmos creado, interrelación de ecosistemas e inculturación periférica y popular. Este último concepto resulta fundamental porque para involucrarnos en el lumen del pensamiento bergogliano sobre la verdadera conversión ecuménica integral. Resulta menester concebir a los pueblos pobres y los que conviven en contacto con la naturaleza, a cada elemento de la creación o del cosmos, y, desde luego, a cada mirada particular trascendente y religiosa, como sujeto mítico de su hermenéutica ecuménica.

Todo esto no obsta, muy por el contrario, solo se comprende cabalmente, si lo leemos desde sus “anteojos cristocéntricos”. Esto se traduce en la riqueza de mantener su visión de Jesús como garante de todos los secretos de la sabiduría y el conocimiento (Col. 2,3), sostener sin fundamentalismos su identidad cristiana en la solidez de una encarnadura que toca la llaga de toda la humanidad (Jn 1,14), y enriquecer su catolicidad con una actitud dialogante conciliadora y Conciliar.

Asumiendo a priori, la simplicidad enunciativa de trazar líneas ecuménicas desde su llegada a al obispado de Roma podemos considerar por motivos de

espacio solo algunas. Francisco ha adjetivado al ecumenismo de acuerdo con las situaciones que la humanidad y el planeta han atravesado. Habló del ecumenismo del amor, de la misericordia, de la paz, de la solidaridad, de la carne, y de la sangre.

Durante sus cuarenta viajes apostólicos visitando más de sesenta países, en todos los casos incluyó al ecumenismo como parte fundamental en sus agendas. Tuvo no pocos viajes exclusivamente ecuménicos, como el último a Sudán del Sur. El Sínodo de la Amazonía, fue ecuménico en su concepción, desarrollo y documentación testimonial. Mantuvo cientos de encuentros con líderes referentes religiosos ortodoxos, judíos, musulmanes, protestantes y de otras cosmovisiones o religiones mundiales.

Para no pocos vaticanistas, las dos Encíclicas que encolumnan el pensamiento y el legado todavía en construcción del Papa Francisco son *Laudato Sí*, que se introduce con el aporte del Patriarca Ecuménico Bartolomé; y *Fratelli tutti*, en la que hace referencia desde su inicio a sus encuentros y documentos en conjunto con el Gran Imán, Ahmad Al-Tayyeb. De manera que, estas dos piezas inagotables de estudio, reflexión, análisis y praxis son en su esencia ecuménicas.

Para otros, el punto cúlmine de la palabra e influencia del Papa Francisco, por su dramatismo y universalidad, fue su discurso aquella noche lluviosa del 27 de marzo del 2020 en plena pandemia. Frente a este “virus ecuménico” fue el papa Bergoglio, solo en una Plaza San Pedro vacía y silente, quien tuvo palabras de esperanza para un mundo sufriente. Todavía resuenan en el cosmos y en nuestros corazones algunas de ellas en aquel *Statio Orbis*. “Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente”.

Cuando nos adelantábamos a imaginar un mundo post pandemia, acaeció el flagelo de una guerra en Europa que se sumó a decenas de conflictos bélicos en distintas partes del mundo ya existentes. El Papa Francisco se constituyó en una voz profética previa y de denuncia e incansable llamado a la paz ante esta tercera guerra mundial. Son incantables sus mensajes, homilias, sermones, discursos y encuentros ecuménicos de oración en búsqueda de la paz. Numerosas, sus acciones concretas de cercanía ante la llaga del dolor de personas sufrientes. Tronaron valientemente sus denuncias de los ocultos poderes belicistas. Resultan infatigables sus intentos de implementar el ecumenismo como diplomacia pacificadora.

Conocer la semiótica de su ecumenismo, la fortaleza de sus gestos, el lenguaje de sus silencios, la profundidad de sus palabras y el trascendente significado de sus acciones concretas será indispensable para comprender la visión y misión de Francisco. Es un entramado cuidadoso, hasta quirúrgico en términos de diseño, pero con el tiempo se irá viendo como una red segura y novedosa para acoger a un mundo que parece caer en el vacío de sus miserias, egoísmos, grietas de odio y palabras huecas. Sin embargo, desde estos primeros diez años de papado, y su legado inconcluso, el papa argentino nos llama a construir juntos puentes hacia una *Oikouméné* esperanzadora.

10 AÑOS DE FRANCISCO

Por el Pr. Christian Hooft

Ese día 13 de marzo de 2013 por la tarde, una emoción abrazaba a los argentinos. Un compatriota, Jorge Mario Bergoglio, era elegido papa. El arzobispo de Buenos Aires y cardenal primado de la Argentina se convertía en el primer papa latinoamericano de la historia. Sus gestos de sencillez y austeridad llamarían la atención de la prensa mundial, algo que los argentinos, ya conocíamos. Siempre se caracterizó por ser una persona humilde, sobria, paciente, honesta, comprometida con los más vulnerables, dispuesta al diálogo, con sentido común y de mentalidad abierta.

Jorge Bergoglio era buen conocedor de los males ocasionados por la contaminación del cercano Riachuelo a las villas y barriadas postergadas de nuestra ciudad de Buenos Aires. Pronto Francisco aportaría, en mayo del 2015, su segunda encíclica “Laudato Si” (Alabado seas), la primera de un pontífice dedicada al cuidado del medioambiente y dirigida a cada persona que habita el planeta. Frases como “No somos Dios. La Tierra nos precede y nos ha sido dada” o “La explotación del planeta ya ha superado los límites aceptables” y otras, han sido un llamado de atención a los líderes mundiales respecto de la necesidad de cuidar la creación, que nos ha sido dada para administrar, y el buen cuidado de la “casa común” como parte de nuestra responsabilidad frente al Creador.

Bergoglio había sido propulsor y protagonista del diálogo interreligioso en nuestro país, siguiendo las premisas del Concilio Vaticano II, promoviendo la cultura del encuentro, algo que continuaría proponiendo y consolidando como papa Francisco, primero a través de los “Diálogos Fraternos” expresados en la Declaración de Abu Dhabi en los Emiratos Árabes, sobre la Fraternidad

Humana por la paz mundial y la convivencia común (Febrero de 2019) y luego a través de su tercera Encíclica “Fratelli Tutti” sobre la fraternidad y la amistad social (2020), y que marcaría un hito fundamental en su pontificado en estos 10 años.

En este sentido, es de destacar la importancia para nuestro país la iniciativa de la Mesa del Diálogo Argentino que conformamos los distintos credos y actores de la sociedad civil, en los momentos más críticos de la crisis de diciembre de 2001, teniendo al arzobispo Jorge Bergoglio como uno de los líderes convocantes. Fueron más de cien reuniones, con 1.700 protagonistas de los más diversos ámbitos (representantes de la política, la empresa, el trabajo, la educación, la salud, las organizaciones sociales, las confesiones religiosas...).

Se constituyeron las comisiones socio-laboral-productiva, de salud, educación, reforma política y reforma de la justicia. Durante meses se trabajó de manera ardua y comprometida. El resultado final fue el documento “Bases para las reformas: principales consensos, conteniendo propuestas serias y concretas para cada uno de los ámbitos más trascendentes de la vida nacional. Este fue un claro ejemplo de la efectividad puesta en acción de aquella cultura del encuentro.

Las religiones iban a caminar una senda de intercambios fundamentales junto a otros representantes sociales frente a los problemas más sensibles que afectaban a nuestra nación, los que serían inmensamente valiosos para pacificar el país y para encontrar una senda de recuperación política y social. Buscar el encuentro y la unidad de los argentinos para construir una nación relevante se establecería como objetivo primordial a alcanzar.

Es indudable que la creciente confianza y diálogo actual es un producto de ese diálogo. Es la misma senda hacia una diversidad reconciliada que sin dudas culminará limando cualquier aspereza o reclamo que todavía pueda existir entre miembros de las distintas religiones, fortaleciendo la coexistencia, la libertad, la igualdad y la amistad mutua para atender los problemas sociales, morales y espirituales que afectan a la sociedad actual.

Como actores sociales podemos estar seguros de que estamos para complementarnos y ser enriquecidos en el trabajo conjunto. Estamos unidos en el amor de Dios por la defensa de la vida desde la concepción hasta la muerte natural, la protección de la niñez, el fortalecimiento de la familia, el respeto de los derechos humanos, la eliminación de la pobreza, el cuidado del medioambiente, la defensa de los más vulnerables y perseguidos, el desarrollo

humano y social integral, el camino de la ética y respeto a todos los derechos del prójimo, la defensa de la justicia y tantos otros temas fundados en los mismos principios y valores que aprendemos de la Biblia, la Palabra de Dios, y que fueron ejemplificados en la vida de nuestro Señor Jesucristo.

Este tiempo de catástrofes, de desarreglos climáticos, de guerras y amenazas a nivel global, pero también de crisis económica y de desencuentros a nivel local, nos convoca a los representantes de los credos y nos compele casi obligatoriamente a profundizar este diálogo honesto y sincero, de escucha real y verdadero amor hacia el prójimo, en especial hacia aquel que piensa distinto, como expresión de la transformación que el mensaje del Todopoderoso ha hecho en nosotros para bendecir y transformar esta tierra con Su amor.

UN PAPA PARA MEJORAR EL MUNDO

Por el Gran Rabino Isaac Sacca.

El Papa Francisco es una bendición no solo para los católicos sino para toda la humanidad.

La fe en un Ser Supremo genera motivación, devoción y voluntad, atributos humanos que unavez activados pueden ser canalizados para bien o para mal.

La responsabilidad de los líderes religiosos es encauzar esas potencias humanas hacia el bien. Solo así la fe será beneficiosa para los feligreses y para el mundo. Cuando la fe está contaminada, puede conllevar a objetivos contrarios a la propia fe, como la guerra o el odio.

En mi servicio religioso a la comunidad judía de Argentina, siempre me preocupó esa manipulación de la fe para objetivos ajenos a la misma, que conlleva al odio.

Si la fe no está protegida de los que la usurpan, se torna contraproducente. ¿Dónde están esos líderes religiosos que aparte de ocuparse de los asuntos internos de sus congregaciones están alerta a esta patología humana y protegen la fe de las posibles deformaciones de la misma?

Cuando en el año 2003, el monseñor Jorge Bergoglio, cardenal primado de Argentina y arzobispo de Buenos Aires, me llamó para visitarme, pensé que era una visita protocolar. Sinembargo, en esa reunión descubrí a uno de esos pocos

líderes religiosos que no solo se limitan a los asuntos internos de su congregación de fe, sino que están atentos a las problemáticas del mundo.

Desde la primera vez que lo conocí, percibí su preocupación ante la miseria que producen el odio y los prejuicios y su deseo de convivencia armónica entre los seres humanos.

Esos valores son los valores fundamentales de toda fe, pero con el tiempo se dejan de ponderar —sin mala intención— a causa de otros asuntos que las congregaciones requieren internamente.

El cardenal Bergoglio quería erradicar esa problemática de miseria humana: no se limitaba solo a los asuntos internos de su fe (que sin duda son importantes y numerosos), sino que entendía que sin una armonía global ninguna fe estaría a salvo. Debía dedicar también parte de su valiosísimo tiempo a visitar a un rabino, a un imán y a quien sea, de cualquier o ninguna religión, para fomentar el bien.

Aunque Argentina presenta un excelente clima de convivencia entre las religiones, el entorno mundial puede llegar a afectar a las sociedades sanas. Si no se promueve de manera activa la paz y el diálogo, las buenas tendencias pueden deteriorarse y revertirse. El Papa Francisco es el impulsor de una nueva era de convivencia que reivindica y refuerza la declaración *Nostra aetate* y le da un nivel humano. Abre un nuevo nivel de diálogo. No la discusión teológica, sino el diálogo fraterno para la paz y la convivencia.

En varias oportunidades, pensé y comenté: “Ojalá el cardenal Bergoglio algún día sea Papa”. Tuvimos la dicha —no solo los católicos sino todo el mundo— de que un hombre de semejante elevación moral pragmática por el prójimo, la convivencia y la paz acceda al liderazgo de la Iglesia católica.

A partir del momento de su ascensión como Papa, su causa adquiere una envergadura mundial. Sin duda es un beneficio para el catolicismo y para la sociedad en general.

Apenas fue elegido, le comenté que sería un gran placer visitarlo para seguir el vínculo de trabajo para el diálogo y la paz. Continuamos los encuentros y el vínculo se mantuvo firme. Lo recibí en Jerusalén —a pedido del Gran Rabinato del Estado judío— cuando visitó Israel. En varias oportunidades nos reunimos en el Vaticano solos o con organizaciones y hasta amigos en común, para recibir su apoyo y combatir la miseria del mundo que genera la falta de diálogo fraterno entre las personas.

Francisco, 10 años

Esta es la faceta que descubrí en su carácter de líder religioso, pero también descubrí un ser humano ejemplar. Sus virtudes serían muy destacadas en cualquier persona. El hecho de que las virtudes se conjuguen en una figura de renombre y alcance mundial agranda aún más su mérito.

Su extrema sencillez y humildad, bondad y generosidad no están basadas en la ingenuidad sino en una sabiduría práctica que lo hace más noble.

Incluso desde su cargo papal, en cada encuentro y en nuestro intercambio epistolar fluido —sus respuestas nunca se atrasan más de 48 horas— nunca dejó de preguntar por mi esposa, mis hijos, la comunidad, amigos en común y los vecinos del barrio de Villa Crespo, donde se encuentra nuestra sinagoga principal en la calle Camargo en Buenos Aires.

En septiembre de 2022, el Gran Rabino Sefardí de Israel, Rabí Itzjak Yosef me llamó desde Kazajistán al concluir la cumbre mundial de religiones después de reunirse con Su Santidad y me expresó su admiración por la calidad humana y la sabiduría del Papa Francisco y su interés real de armonía entre los pueblos y religiones del mundo y su afecto profundo con el pueblo y la fe de Israel.

Desde mi humilde condición, desde la fe judía, al cumplirse 10 años de su pontificado, le expreso mi gratitud por su fraterna amistad y lo bendigo por sus extraordinarios e históricos logros alcanzados. Rezo por su éxito en la encomiable labor a la que Dios lo convoca: promover un mundo más justo y pacífico.

EL PAPA FRANCISCO Y LOS JUDÍOS

Por Santiago Kovadloff.

El pontificado de Francisco ha sabido dar continuidad y nuevos frutos a la tarea iniciada con lucidez y coraje por Juan Pablo II: restañar la herida profunda ocasionada al pueblo judío por el antisemitismo cristiano.

Esa labor de comprensión progresiva de lo judío y de los judíos ganó, de la mano de Francisco, un formidable impulso. Gracias a ella siguió ensanchándose el campo de una reparación finalmente reconocida como imprescindible.

La hermandad judeo-cristiana debe seguir afianzándose en un mundo que

Francisco, 10 años

demanda incontables reconciliaciones.

Francisco ha dado y sigue dando, en esta primera década de su pontificado, pruebas esenciales de cercanía fraternal con el pueblo judío. Todas ellas se nutren en una comprensión renovadora y ciertamente auspiciosa de su propia fe cristiana. No solo de sus raíces históricas y teológicas indisociables del judaísmo. También de los desafíos que a la vivencia religiosa le plantea una realidad en la que la secularización extrema empieza a dar signos de agotamiento a través de la crisis de las ideologías, los dilemas espirituales que la tecnolatría no puede resolver y una crisis medioambiental que compromete el porvenir del hombre en la Tierra.

Es muy cierto que de esta formidable disposición de Francisco al diálogo con quienes durante tanto tiempo han sido desoídos, no solo se han beneficiado los judíos. También lo han hecho y lo siguen haciendo todos los credos a los que el Papa ha sabido acercarse. Incluso a aquellas corrientes que dentro del universo cristiano expresan posicionamientos de distinta orientación y que durante siglos han permanecido distanciadas del catolicismo tanto como éste de ellas.

Así es como van llegando a su fin viejos enconos mutuos signados por la intransigencia del prejuicio y sórdidos intereses que han desfigurado hasta lo irreconocible el significado de la auténtica religiosidad.

En lo relativo al vínculo entre católicos y judíos podemos afirmar que, al ir reconciliándose con los judíos, la Iglesia también se ha ido reconciliando consigo misma. Es por ello tan indispensable como fecundo que no solo la Iglesia siga ensanchando su vivencia fraternal de lo judío, sino que también nosotros, los judíos, abramos más y más nuestro corazón a la riqueza de la fe cristiana, esa que, representada y ejercida en estos últimos diez años por el Papa Francisco, nos rescata, a unos y otros, de la trágica inmovilidad del pasado.

ES JUSTO Y NECESARIO DARTE GRACIAS SEÑOR

Por Mons. Pedro Torres.

Me han invitado a dar testimonio de lo vivido en estos diez últimos años en el ámbito interreligiosos en torno al ministerio del Papa Francisco. Lo primero que me resuena es lo que decimos en cada eucaristía en torno a que “es justo y necesario, es deber y salvación dar gracia” por el paso de Dios, por su obrar,

por el sí de cada uno de los que se abren a la acción del Espíritu para trabajar por el diálogo que conduce al encuentro, a la paz, a vivir el don de la fraternidad. Diálogo institucional y artesanal. El Papa se nos ha mostrado común un artesano del diálogo: ¿cómo no agradecer con alegría?

Se me ocurría oportuno encontrar seis palabras, más una, que sinteticen la experiencia de este tiempo de gracia:

SORPRESA. Aquel 13 de marzo convocados por la “fumata blanca” vimos con sorpresa que fue llamado a la Sede de Pedro un hombre de latinoamérica, venido del “fin del mundo”. Un Obispo que ya conocíamos sensible y comprometido con el diálogo ecuménico e interreligioso y que había tendido puentes y creando amistades que llevaban a preguntarse cómo se continuarían en el tiempo en esta nueva misión.

Un Rabino me decía “Juan Pablo II llegó a ser una Papa amigo del mundo judío, ahora un amigo ha llegado a ser Papa”. Mientras tanto los hermanos de la Iglesia Apostólica Armenia se preguntaban si sostendría en la nueva misión sus pronunciamientos sobre el terrible genocidio vivido a inicios del siglo XX, como después lo hizo efectivamente; mientras los ortodoxos de Antioquia pensaban como vincularse con el amigo respetando los protocolos vaticanos. La sorpresa y la fidelidad de Bergoglio a sus amistades abrieron puertas al encuentro y diálogo en diversos rincones de la tierra y en espacios e instituciones interreligiosas que trabajan por la paz. Recuerdo que al finalizar el 2013 en un encuentro de más de novecientos referentes religiosos de todo el mundo en Austria pude constatar que la sorpresa se había transformado en alegría.

SENCILLEZ. Desde el pedido de la bendición en el Balcón de San Pedro hasta sus llamadas telefónicas y su modo de vida cotidiana mostraron coherencia, recordando a algunos la sencillez del Papa Juan XXIII. Este Papa con un lenguaje coloquial que ponía en aprietos a los traductores con sus modismos locales traídos de Buenos Aires supo encontrar lenguajes, muchos lenguajes, que recogían preocupaciones y anhelos de representantes religiosos de diversos rincones de la tierra. Su mirada a las minorías, a rincones lejanos, que lo llevaron a hacer viajes a lugares impensados, su atención a los migrantes, su disponibilidad para sumarse a las iniciativas del Patriarca Bartolomé en jornadas de cuidado de la creación despertó el deseo de nuevos espacios de encuentro y de diálogo.

CERCANÍA. Desde el Concilio Vaticano al presente los organismos de la Santa Sede que acompañan el ministerio Petri no ha tenido casi mil documentos de diversa densidad sobre la temática interreligiosa y la labor de los Dicasterios ha sido intensa y consciente del apoyo valoración de los diversos pontífices. Se han madurado criterios de discernimiento y se han respondido a muchos interrogantes sobre este servicio, pero por momentos la diversidad de un mundo tan plural desborda y hasta podríamos decir paraliza. Algunos llegaron a hablar de que estábamos en un invierno ecuménico en interreligioso donde los diálogos teológicos habían tocado un techo. Francisco con sus gestos recreo la cercanía con el ecumenismo de la vida, de la sangre derramada como testigos de Dios, el ecumenismo y la colaboración solidaria por un mundo más fraterno. Esta cercanía de hecha de gestos y encuentros, particularmente en sus viajes, han hecho posible muchas iniciativas comunes; como por ejemplo la Declaración conjunta con referentes musulmanes de Abu Dhabi y el importante camino trazado en Fratelli tutti.

Es sorprendente escuchas en reuniones interreligiosos que un Mufti recomienden a los demás la lectura y reflexión de Laudato Si' y o de otros textos Pontificios. Los gestos de cercanía de Francisco durante la pandemia y en cada momento crítico de los diversos rincones de la tierra han sido creo yo muy apreciados. En enero de este año escuché al presidente de la Conferencia Episcopal de Nigeria invitar (en un espacio virtual de dialogo ecuménico e interreligiosos) a caer en la cuenta con entusiasmo y conversión del mensaje que contienen los viajes del papa de estos años. Uno de ellos a la sufrida Myanmar abriendo espacios de encuentro también con el budismo.

CONTINUIDAD. Sin embargo, hay que reconocer que en estos años no todo es nuevo, el Papa recoge con creatividad el camino trazado por el magisterio Conciliar y pos Conciliar, y también por los Santos como Francisco de Asís o San Bernardo, por los Padres de la Iglesia de los primeros siglos que llamaban a no olvidar la enseñanza de San Juan sobre que Jesús tiene otras ovejas que no son de este redil. En este sentido la declaración de San Gregorio de Narek (+1010) como Doctor de la Iglesia, (armenio) y de San Ireneo de Lyon invitan a ensanchar la mirada frente a un Dios que “cuando creo a Adam estaba pensando en Cristo” (como enseñaba este último), vale decir que desde la creación el amor misericordioso de Dios está destinado a todo hombre y hasta allí debe llegar nuestro amor.

REALISMO. Como pocos Francisco es testigo de lo arduo que es el camino y de fraternidad, y no se ha cansado de hace presente las tentaciones del camino, las dificultades y carencias de cada rincón de la tierra. En sus criterios, desde el

inicio del ministerio, nos ha dicho que la realidad está sobre la idea, el tiempo es superior al espacio, la unidad no es uniformidad sino diversidad reconciliada, recordado que Dios también es el autor de la diversidad, y nos conduce a la unidad que es superior al conflicto. Impacta el realismo frente a una guerra a pedazos y su conciencia que la armonía entre las religiones es un aporte a la paz.

Un realismo que parece hundir sus raíces en la vida espiritual humilde, orante y adorante del Pontífice, actitud que supone reconocer al Dios Mayor que es Padre Misericordioso y hace soplar su Espíritu donde quiere; realismo frente a la historia de la humanidad y sus conflictos, que han dejado heridas profundas que solo el amor y la ternura pueden sanar; realismo ante la fragilidad humana, y por eso conciencia que hay que iniciar procesos que no son mágicos, y más de una vez hay que recomenzar como está siendo la situación del vínculo con la comunidad Rusa, que paso de abrazos auspiciosos a silencios, y espera nuevos puentes de entendimiento y paz. Realismo descubriendo la interdependencia humana, patente en la pandemia que nos permitió reconocer que nos necesitamos y lleva al compromiso de caminar juntos, sinodalmente, para responder al proyecto de Dios.

ESPERANZA. El Papa nos hace mirar constantemente para adelante, y ya ha convocado al jubileo del 2025 con el tema de la esperanza, pero no solo, ha creado espacios de reflexión de educación y creatividad, invitando a los jóvenes a imaginar caminos nuevos.

Resuenan en mí otras palabras además de las seis destacadas intentando expresar la experiencia de estos años, pero creo la séptima palabra es la que cada uno tiene que formularse sintetizando lo aprendido en estos 10 años de ministerio cargados de gracia, para asumir nuestro dialogo en “el poliedro” de un mundo plural y vertiginoso donde Dios está realizando la historia de la salvación Dar gracias es justo y necesario, es luz para dar continuidad a los procesos de fraternidad a los que estamos llamados.

DÉCIMO ANIVERSARIO DEL PONTIFICADO DEL PAPA FRANCISCO

Por Mons. Eduardo García.

No resulta fácil hablar de los diez años de pontificado del Papa Francisco, dado que yo mismo desde aquel 13 de marzo no termino de caer en la cuenta de que aquel hombre con el que compartí 20 años de paternidad, de consejo espiritual,

de confesión, de amistad, ahora sea el Obispo de Roma, como gusta llamarse así mismo. Hay realidades, que a los que estamos del otro lado del hemisferio, nos parecen muy lejanas, hasta impensables. En las palabras de su saludo inicial va preanunciado sencillamente lo que durante estos años nos ha transmitido y ha realizado

¿Quién es el Papa, para nosotros llamado Jorge Bergoglio? El que vemos y escuchamos en la ventana de San Pedro, capaz de decir un informal “buenas tardes”. Un hombre profundamente humano, que ha vivido una vida corriente y normal, y por esto se comunica como lo hacen los hombres y las mujeres que atienden el hogar, que trabajan, que se cruzan por la calle. Ese es Francisco, un hombre con sentimientos como los nuestros pero transfigurados por la experiencia del encuentro vivo y personal con Dios. Ese “buenas tardes”, habla de un pastor que busca el encuentro con el hombre, acercándose allí donde el hombre existe, con su vida auestas, afirmando que Dios está allí donde hay un hombre o una mujer que lo buscan con sincero corazón. Dios habita en la ciudad, decía Bergoglio, en el hombre común que trabaja, sufre y renueva su esperanza cada día. “Buenas tardes” fue el comienzo de un dialogo para entrar en la casa y en el corazón de su pueblo con la simpleza de aquel que golpea la puerta y saluda, esperando ser recibido. No se impone, desea el bien, lo bueno para esta nueva familia universal a la que debe conducir y acompañar desde el amor de Dios, siendo ministro de su ternura.

¿Quién es el Papa, para nosotros llamado Jorge Bergoglio? Aquel que después de entrar saludando se presenta sencillamente poniendo a la Iglesia como protagonista de este momento: “Fueron a buscar un Papa”; sana eclesiología en la que se reconoce la acción del Espíritu en aquellos que Dios ha colocado para una misión; ni fue Dios directamente con un rayo poderoso, ni fue el fruto de una campaña similar a las que se usan en los medios políticos. Hay un convencimiento profundo de que es Dios el que actúa a través de aquellos a quienes les ha confiado un ministerio en la Iglesia. Hay un acento más: la colegialidad vivida en fraternidad. Dijo Francisco: “mis hermanos Cardenales”, no “los cardenales”. La iglesia por sobre todas las cosas es familia, es comunión y si no hay comunión es porque no se ha dejado lugar al espíritu que la crea y la fortalece. La iglesia es un cuerpo, el camino lo hacemos juntos y esto da garantías de la presencia del Señor: “Donde dos o más se reúnan en mi nombre yo estoy en medio”.

Francisco es el hombre que ama entrañablemente a la Iglesia, por eso quiere una Iglesia al servicio de este mundo, siendo fiel a Cristo y a su Evangelio; una Iglesia libre de toda espiritualidad mundana, una Iglesia libre de la tentación de

quedarse congelada dentro de sus propias estructuras, de ser una Iglesia clericalista. Quiere una Iglesia atenta a los signos de los tiempos; una Iglesia que no puede ser reducida a ser una pequeña capilla, ya que está llamada a convertirse en una casa abierta para toda la humanidad; una Iglesia que sale a las calles con el corazón cargado de evangelio, tocando con sus manos la carne y corazones de todos sin excepción; una Iglesia dispuesta a llegar a las periferias existenciales, donde nuestros hermanos y hermanas luchan cada día para sobrevivir.

¿Quién es el Papa Francisco? El hombre de la comunión. En esa primera tarde, el papa Francisco preanuncia una iglesia sinodal cuando hace la invitación a caminar juntos el pastor y el pueblo desde una iglesia de Roma que preside en la caridad. Él es el Obispo de la Iglesia madre de la Iglesias particulares que deben vivir en comunión desde la caridad. Lo ha dicho a los Cardenales, la Iglesia no es una ONG piadosa. Es la caridad visible de Cristo a través de sus miembros.

Es el Obispo de Roma que preside desde la caridad. Su mirada sobre su ministerio, que entraña un poder, lo vive como un servicio al pueblo santo Dios. Esta es una expresión que repite constantemente. No es una expresión edulcorada, y no quiere decir que es el pueblo de gente buenita, donde no existen problemas, peleas, injusticias y debilidades. Pero, sin embargo, este pueblo es depositario de la gracia santificadora que Jesús ha conseguido por su obediencia de hijo y por su sangre derramada en la cruz. Su lenguaje sencillo no es porque le falte vuelo teológico, sino muy por el contrario porque la teología ha pasado del intelecto a la experiencia. Por eso en esta sencilla y cariñosa frase está enunciando una verdad teológica muy profunda: “somos el pueblo santificado por Dios”. Y, en este pueblo, el obispo sirve como “ipse armonía”. Es aquel que crea la armonía, que armoniza los distintos carismas, que descubre potencialidades y las hace crecer. Para poder armonizar lo diverso y no simplemente ejecutar ordenes es necesaria la caridad. El obispo preside desde la caridad, la iglesia de Roma preside no porque manda más sino porque en la caridad asume las riquezas y dones de todas las Iglesias y las armoniza en la búsqueda del bien de todo el pueblo de Dios y del crecimiento del Cuerpo de Cristo desde la evangelización y misión.

Esto no es una teoría, ha sido la experiencia que ha trasmitido en su pastoreo como arzobispo cuando invitó, antes de programar evangelizador, a posar la mirada sobre el santo pueblo de Dios: y ahí reconocer experiencialmente sus heridas y fragilidades descubriendo el rostro de Cristo, ir a su Evangelio para rezar, pensar y discernir lo que necesita y desde ahí armar una pastoral que no

sea de escritorio. No buscar soluciones rápidas y pre armadas, sino dejarnos iluminar y transformar por la oración y la confrontación con los otros, permitiendo que sea Dios el que hable y no las recetas ya experimentadas. Por las heridas y fragilidades Dios nos habla pidiéndonos la ternura del Padre que sólo podemos brindar en la medida que se renueva y crece nuestro fervor apostólico siendo testimonio vivo del amor de Aquel “que nos amó y nos salvó”. Esta pluralidad de exigencias nos llama a reforzar una identidad eclesial que brote de una mayor comunión, que se haga palpable en un estilo común, procurando el modo de acoger a todos haciendo de las parroquias, geografías pastorales, y muy especialmente de las “periferias existenciales de la ciudad, “santuarios”, donde se experimenta la presencia de Dios que es ternura y que continúa derramando su bendición.

¿Quién es el Papa, para nosotros llamado Jorge Bergoglio? El hombre de la “Memoria”, memoria que no es solo recuerdo, sino presencia activa y operante del pasado en el hoy; la memoria del pasado nos acompaña, no como un peso aplastante, sino como un hecho interpretado a la luz de la conciencia presente. Memoria desde la que se sostiene nuestra fe. Francisco tiene una veneración muy especial por aquellos que nos han precedido; comenzando por los patriarcas, los profetas, los apóstoles y los santos padres hasta llegar al hoy de aquellos sacerdotes y laicos que caminaron junto al pueblo de Dios transmitiendo la fe. En esta memoria se realiza vive a fondo su propia raíz ignaciana que quiere llevarnos no solo al agradecimiento sino a tener más amor. Memoria que aparece en el lugar que da a los ancianos como aquellos que tienen que transmitir a los jóvenes su sabiduría de vida y “pasar la herencia”. Siendo arzobispo de Buenos Aires tuvo una preocupación amorosa y particular por los sacerdotes mayores. Pedía que, en el hogar sacerdotal, “no falte nada”. Y no faltaba nada, ni las cosas materiales ni su llamada y visita continua. Una de las consignas que puso a los seminaristas era la visita periódica al hogar como parte de la formación. “ellos son nuestras raíces” decía. La fe pascual en las que nos confirma como Pedro, arranca de una experiencia familiar en la que siendo un niño pequeño su abuela lo llevó a una celebración de viernes Santo y cuando estaba pasando el Cristo yacente le pidió que se arrodillara y después le dijo: Hoy está muerto, pero mañana va a resucitar. Y el Papa Francisco dice que en ese momento comenzó a creer en la resurrección. La fe del Papa arrancó con el anuncio que le hizo su abuelita en aquella semana Santa. Memoria y agradecimiento para Francisco van de la mano y tiene que tener rostros concretos, nombre y apellido. El agradecimiento que es fruto del amor, que no es una idea ni puede ser una racionalización del evangelio, sino que son fundamentalmente gestos.

¿Quién es el Papa, para nosotros llamado Jorge Bergoglio? Desde el primer momento el Papa Francisco no se cansa de hablar de la misericordia y de la ternura de Dios como sus rasgos más determinantes y profundos que nos coloca en nuestro auténtico lugar. Somos “misericordados por Dios”, somos amados en nuestra pobreza, fragilidad y miseria con un amor que nos eleva y nos dignifica. De ahí que la sonrisa, el abrazo, el gesto de ternura que reciben todos los que se acercan al Papa no son algo más, son expresión del amor misericordioso de Dios. Y porque la misericordia tiene este lugar tan importante en su magisterio puede entenderse su preocupación por los pobres, los descartados, los emigrantes y los que sufren cualquier tipo de marginación o vulnerabilidad. Francisco es aquel que ama profundamente a los pobres y que clama por ellos con la certeza de que su dignificación no pasa por subirlos al podio de la lastima creando demagógicamente una cultura particular que los aisle, sino que su dignificación pasa por ayudarlos a compartir la vida del pueblo de Dios como miembros que tienen que recibir, pero también con posibilidad de dar desde su pobreza. *“Por eso quiero una Iglesia pobre para los pobres. Ellos tienen mucho que enseñarnos. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos”*. No hace de la pobreza una ideología, al contrario, no le tiembla la voz para denunciar los males que la ocasionan. La opción preferencial por los más pobres, una Iglesia pobre para los más pobres, de su discurso de aquel primer sábado por la mañana, nada tiene que ver con una cuestión meramente sociológica sino profundamente evangélica. La vida, la carne de los pobres, no sólo materiales es la carne maltratada, despojada y humillada de Jesucristo que nos ha abierto el acceso al Padre. Cuando habla de pobres el Papa encarna existencialmente el concepto bíblico de los anawin, los marginados, enfermos, solos, prostitutas, pecadores. Lejos de todo fariseísmo que consideraba que el contacto con ellos dejaba al hombre impuro, Francisco asume y vive la novedad evangélica que anuncia que el amor es el que purifica y transforma. De ahí su deseo de estar cerca de toda miseria humana sin puritanismos que alejan. Acercarnos con amor para que los otros, estén en la situación que estén, sientan que Dios los recibe y los abraza. No necesitamos estar limpios para acercarnos a Dios, nos acercamos para que él nos limpie. Y esto no es extravagancia o populismo sino evangelio puro y encarnado.

¿Quién es el Papa, para nosotros llamado Jorge Bergoglio? El hombre de fe, en ninguna carta, en ninguna oportunidad falta esta frase: “Rece por mí”. No es una fórmula piadosa, es un convencimiento: la elección viene de Dios, pero la gracia de la fidelidad, de la fecundidad no viene por los propios méritos

sino por la oración intercesora del pueblo de Dios, es una profesión de fe en la fuerza de la oración como debilidad de Dios y fuerza del hombre.

El Papa Francisco no es un invento del 13 de marzo: es, cree y vive como Papa, lo que fue, creyó y vivió como sacerdote y obispo. Hay una coherencia de vida que es lo que hacen genuinos todos sus gestos, potenciados ahora por la gracia especial del Espíritu Santo que le ha regalado una alegría manifiesta, visible y desbordante. Celebrar su presencia como Papa no significa agrandar el ego para creernos que somos los mejores del mundo: tenemos a Maradona, Messi, campeones mundiales 2022 y también un Papa. Celebrar este momento no sólo es alegrarnos que un argentino, para los que creemos: sea hoy nuestro pastor y para los que no creen un indiscutido líder moral; es sobre aprender que nada se inventa de un día para otro, nada es veraz sin raíz. Nosotros, mal acostumbrados a atar todo con alambre, a hacer de las grandes oportunidades; oportunismos, a perder la memoria y no cumplir lo que prometemos, a vivir en una eterna escenografía maquillando la realidad; se hace necesario que podamos estar a la altura de un argentino que se puso el mundo al hombro y tiene las ganas y el coraje de querer cambiar el rumbo de la historia.

FRANCISCO, DÉCIMO ANIVERSARIO

Mons. Roberto Álvarez.

Seguramente habrá quienes puedan escribir y explayarse sobre las grandes líneas magisteriales del Papa Francisco, y lo harán con una pericia y solidez teológica que difícilmente se encuentren en este escrito. Y si bien considero que el enorme cariño que le tengo es razón suficiente para esta exposición – sin pudores afirmo que, más allá del “*religioso obsequio de la voluntad*” requerido por la fe, quiero, y mucho, al Papa Francisco – he buscado para ordenar mi pensamiento aquellos textos donde aparece Simón Pedro en el Evangelio de Marcos. Porque yo no he conocido al Cardenal Bergoglio sino a Francisco, a Pedro.

Mientras iba por la orilla del mar de Galilea, vio a Simón (1,16)

El mar y Galilea eran expresión de las “periferias”, de los confines; de aquellos lugares alejados de los centros de decisión y poder. Desde el primer momento – “*me han ido a buscar al fin del mundo*” - el Papa Francisco ha hecho de su magisterio escrito, pero especialmente de su magisterio gestual, un papado de las periferias, de los descartados, de los últimos y los sin voz. Lo hemos visto

“bordeando las orillas” de infinidad de mares, entendiendo el mar como el lugar de la dificultad, de lo que no se domina, de aquello que está vinculado también a lo oscuro y que alejaba al judío de la “tierra santa”. Quizás la respuesta a algunas voces que se levantan y preguntan “¿a dónde nos lleva? ¿con quién se junta o a quién recibe?”, esté aquí mismo: el Papa Francisco ha vuelto a llevar a la iglesia – quizás haciendo carne aquel mandato casi testamentario de San Juan Pablo II, “navega mar adentro” – hacia otras orillas, surcando mares a veces embravecidos. Hoy ya está más que claro que en sus opciones de lugares donde viaja, la particular atención a cuestiones conflictivas o de discernimientos complejos, está presente este “caminar al borde”, orillar los mares de la humanidad y no temer salpicarse. También es claro el deseo de reforzar la idea que “*desde la periferia se ve mejor*”; que los organismos internacionales, las estructuras mundiales de decisión tienen que tener una perspectiva diversa a la hora de analizar y trazar estrategias en “*los terceros y cuartos mundos*”: que sus miradas políticas, económicas y culturales se deben “situar en la periferia” y dejarse nutrir por ella. Y eso que clama desde las fronteras al mundo, también lo dice para nuestras comunidades, para nuestros ambientes eclesiales...o eclesiásticos.

Cuando salió de la sinagoga, fue con Santiago y Juan a casa de Simón y Andrés. 30. La suegra de Simón estaba en cama con fiebre... (1, 29-30)

Jesús sale del lugar de culto, el lugar sacral y entra, por primera vez - en el Evangelio de Marcos - en una casa. Allí se encuentra, toca, levanta y capacita para un oficio a una mujer “enfebrecida”. El Papa Francisco también nos ha llevado a mirar a la mujer desde otro lugar; él mismo ha superado ciertas barreras sacrales, ciertos modos nuestros asentados en costumbres que “*anulan la palabra de Dios por la tradición que ustedes mismos se han transmitido*” (7,13) y que impiden acercarse con valentía a los mundos femeninos. Algunos autores sostienen que esta fiebre de la suegra de Pedro es más bien como un enojo, una furia generada por su situación de postergación. El Papa se ha animado a ponerle nombre a esas mociones que nacen a veces de corrientes lideradas por mujeres que tienen enojos genuinos, valederos. También ha avanzado en proponer y sostener a mujeres en oficios en la Iglesia hasta ahora sólo referidos a varones; servicios de conducción y de referencia donde las ha invitado a poner el “*genio femenino*”. Y lo ha hecho con una asombrosa libertad, sin sobreactuaciones ni gestos grandilocuentes, con la sencillez del que oxigena esos ambientes con el aire que ha respirado siempre, con la firmeza del que sabe que cualquier otra opción sería aceptar machismos y patriarcados que sólo enrarecen y son tóxicos.

Simón salió a buscarlo con sus compañeros, 37. y cuando lo encontraron, le dijeron: «Todos te andan buscando». 38. Él les respondió: «Vayamos a otra parte... (1,36-37)

En este texto, algunos sostienen que el primer verbo traducido como “buscar” tiene un matiz violento y no es el mismo utilizado para decir posteriormente “*todos te andan buscando*”; quizás la traducción debería ser “perseguir”. Desde esta perspectiva, Simón – que sale a “perseguir” a Jesús para hacerlo volver a su casa - aprende que el “todos” de Jesús es muchísimo más abarcador que el de ellos; que no debe intentar encasillarlo en el perímetro de su perspectiva o de sus intereses: “Vayamos a otra parte”, dice Jesús...y nos ha repetido el Papa Francisco. En estos años de Pontificado, quien gusta decir que un pastor va “atrás, en medio, y a veces delante de su pueblo”, nos ha hecho saber que cuando pareciera que “va muy rápido”, que “se ha puesto muy adelante”, apenas está acercándonos a “*los gozos y esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren*”.

Desde la exhortación *Evangelii Gaudium* hasta hoy, se lo ve haciendo enormes esfuerzos por “ensanchar los tientos” de esta carpa que es la Iglesia, por imprimirle ese amor de Jesús por un todo que incluye infinidad de minorías hasta ahora ignoradas, cuando no puestas en el rincón de “raras”, “pecaminosas”, “perversas”. Francisco, al transformar en un principio operativo lo ya esbozado por San Juan Pablo II y Benedicto XVI sobre el “principio de misericordia”, nos invita a tocar las llagas del mundo como si fueran las llagas de Cristo, y poner sobre ellas – sean cuales fueran – un bálsamo que alivia y no remedios que irritan. Esa expresión tan suya: “*dejar de peinar ovejas en la sacristía*” lo lleva a mirar - ¿quién no reconoce en Francisco un Papa que detiene todo para mirar y escuchar? – e involucrarse con grupos y personas que nos eran invisibles, insignificantes o se percibían juzgadas con dureza por la Iglesia y que a su vez parecieran ver en la Iglesia el enemigo a vencer. Francisco – quizás por este afán jesuita de ir a las fronteras – es una voz inquietante y movilizadora para quienes a veces nos ensimismamos y encontramos la razón de ser en nosotros mismos y no en la misión. Basta releer sus mensajes de fin de año a la Curia Romana, o aquel primer saludo a la Conferencia Episcopal Argentina donde decía “*prefiero una iglesia accidentada por salir a la calle, que enferma por ensimismada*”.

Después volvió y encontró a sus discípulos dormidos. Y Jesús dijo a Pedro: «Simón, ¿duermes? ¿No has podido quedarte despierto ni siquiera una hora?» (14,37)

En este texto, en la situación extrema de su soledad, Jesús le reprocha a Simón y a otros apóstoles su dificultad para “velar en la prueba”. Quizás debe haber pocas imágenes tan plásticas del Papa Francisco “velando” por el mundo que esa oración, a solas, en tiempos de pandemia en la plaza San Pedro; sobre todo porque esa dimensión orante está atravesada por lo simple, por lo sencillo. Es esa piedad popular que precisa tocar, cerrar los ojos, etc. ¡Cuántas imágenes tenemos de nuestro Papa deteniéndose ante una imagen, tocándola, cerrando los ojos y sin importarle el tiempo! ¡Cómo no atesorar e imitar sus regulares visitas a Santa María la Mayor a ofrecer o agradecer los viajes emprendidos! Pero Francisco también ha sabido ser profeta para indicar dónde tenemos que estar vigilantes. Miremos su continua prédica para acabar con “*esta tercera guerra mundial en cuotas*”, su grito casi destemplado contra el armamentismo, su denuncia por el modo de resolver la tragedia de la inmigración, y el énfasis puesto en la tragedia de la trata de personas y el trabajo infantil. Pero es particularmente en el tema de lo ecológico donde nos ha “despertado”; con esa encíclica señera que es *Laudato Si*, y lo que ella ha significado para ambientes y círculos católicos y otros tantos que han visto en este escrito un punto de inflexión en el modo de abordar y hacer conocer la urgencia ecológica. Hacia adentro, ha significado incorporar este tema definitivamente en el magisterio social y en la conciencia eclesial; y lo ha hecho con esa perspectiva donde la expresión “integral” se suma a la de ecología y pone al hombre en el centro en la lucha ecológica.

Hay infinidad de textos donde Marcos opta por referirse al primer apóstol no con el nombre de Simón sino con el de Pedro; sólo quisiera resaltar dos. Cuando lo confiesa como Mesías, el relato lo menciona así “Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?”. Pedro respondió: «Tú eres el Mesías». (8,29). Y allí comienza un largo itinerario de formación para Pedro y los otros apóstoles sobre qué significa seguir a Jesús y cuánto hay que despojarse de concepciones que unen lo religioso al poder. Francisco, al expresar con sinceridad en su primera alocución que quería una “*Iglesia pobre y para los pobres*”, ha ido más allá de predicar y vivir cierta austeridad material. Nos ha hablado de “despojarnos” sobre todo de esa “mundanidad” que entiende la evangelización como captación de estructuras de poder, como ejercicio de presión desde el entramado de influencias y “lobbies” y no como irradiación de la “alegría del Evangelio”. En su cuerpo ya se le nota el peso por cambiar esta mentalidad. Es un cambio al que también apuntan su condena cada vez más explícita al clericalismo, su advertencia por

Francisco, 10 años

lo que llama el “indietrismo”, que no es otra cosa que excusarse diciendo que se “*está cambiando todo*” para no ceder en ningún privilegio; y su afán por instalar aquel antiguo principio eclesial de la sinodalidad como el antídoto al poder.

Por último, al final del Evangelio, Marcos recuerda el mandato de Jesús Resucitado a las mujeres – entre ellas María Magdalena elevada a “*apóstala de los apóstoles*” por Francisco – donde el Señor les dice: Vayan ahora a decir a sus discípulos y a Pedro que él irá antes que ustedes a Galilea; allí lo verán (16,7). Jesús, después de los dolores y horrores vividos, no los cita en Jerusalén sino en Galilea, allí donde los llamó, en la sencillez de lo cotidiano, de la pesca, de las Bienaventuranzas y las Bodas. Escuchar a Francisco, seguirlo en sus gestos sencillos, saberse mirado y atendido, desgranar sus pensamientos siempre tiene cierto sabor a Galilea, o al menos a emprender el viaje hacia allá. Con este Pedro – no el primero ni el único- que se impuso el nombre de Francisco estamos haciendo este trayecto hacia el Resucitado. Otros Papas habrá habido y habrá que verán necesario volver a desbrozar cuestiones teológicas, o hacer brillar la verdad de aquello que es lo más perfecto. Hoy agradezco este Papa que me hace ver al costado, que me invita a ponerme detrás; porque en los confines se puede ver la enorme multitud que lo acompaña: al hermano sol y la hermana luna, a la tierra, a los descartados, a aquellos que cargan una historia de fracasos y traiciones como María Magdalena y como Simón Pedro, como yo y como el mismo Francisco se encarga de decir sobre él mismo.

Bendigo estos diez años que él mismo esbozó en su primera homilía a los cardenales. Bendigo *caminar* hacia Galilea y no quedarme detenido. Bendigo *edificar* sin generar pesos ni necesitar dejar construidas cosas admirables y contundentes. Bendigo *predicar* volviendo a la Alegría de la Buena Noticia, al kerigma, a lo esencial sin menospreciar ninguna de las otras verdades aledañas. Bendigo a la Iglesia por ese 13 de marzo en donde nos confirió este obispo de Roma. Bendigo a Dios por regalarnos a Francisco, que me anuncia a Jesús, y me conduce a Galilea.